

*Platos combinados* es una lectura entretenida y una manera divertida de conocer Madrid. De la mano de Verena, una estudiante de Erasmus que llega a la capital de España, conoceremos sus rincones, personajes, tradiciones, sombras y contradicciones.

Estructurada como si fuese la carta de un restaurante, vamos avanzando en la historia y descubriendo, a un mismo tiempo, algunas peculiaridades de una ciudad multicultural con sus correspondientes giros idiomáticos: expresiones lingüísticas, juegos de palabras, pinceladas culturales que se explican en las notas a pie de página y en el índice de nombres propios y comunes que aparece al final de la lectura.

*Platos combinados* ofrece también al lector un paseo por los edificios más emblemáticos de Madrid que se mencionan en el relato, mediante una selección de fotos que se intercalan en las actividades que se proponen después de la lectura. Actividades que ayudarán al alumno a fijar los contenidos.



<b><i>Aperitivo o tapa</i></b>	Verena repasaba el correo electrónico que le había escrito su amiga Úrsula mientras tomaba un zumo de naranja en el aeropuerto de Zúrich Klotten.	7
<b><i>Combinado 1: Chuleta, huevos y ensaladilla</i></b>	Dos semanas más tarde, el 12 de octubre, fiesta en toda España, se celebraba un desfile militar en el paseo de la Castellana.	17
<b><i>Combinado 2: Bistec, empanadilla y pimienta</i></b>	Durante las tres semanas que duró la escayola, Verena estuvo mucho tiempo sentada, con la pierna en alto, en el sofá del salón y no se perdió ningún detalle de lo que acontecía a su alrededor.	25
<b><i>Combinado 3: San Jacobo, croquetas y bacón</i></b>	A mediados de diciembre hacía poco más de un mes que a Verena le habían quitado la escayola y dos cosas le preocupaban.	33
<b><i>Postre y café</i></b>	A principios de junio, en plena efervescencia de las evaluaciones finales, Verena apuraba las noches para preparar exámenes y trabajos.	41
<b><i>Otros combinados</i></b>	Actividades	51
	Índice de nombres propios y comunes	73
	Solucionario	87



- ◀1 Verena repasaba el correo electrónico que le había escrito su amiga Úrsula mientras tomaba un zumo de naranja en el aeropuerto de Zúrich-Kloten. «Cuando llegues a Madrid el sábado por la mañana iré a recibirte un amigo. Se llama Varick, es berlinés, matemático y muy guapo; vive en el mismo piso. Suerte». El vuelo de Swissair fue tan rápido que a Verena no le dio tiempo a hacerse a la idea de que estaba a punto de aterrizar en la capital europea de mayor altitud un fin de semana de finales de septiembre. Verena salió del avión con pasos temerosos, pensando en que su madre, en ese momento, estaría muy triste por el viaje de la primera «Erasmus Mundi» de la familia; la llamó al móvil para avisarle de que ya había llegado, pero no atendió al teléfono. Verena se dio ánimos, respiró con profundidad y comenzó a buscar entre la gente a un matemático guapo y berlinés.

Recorrió la terminal uno del aeropuerto de Barajas de punta a punta, pero ninguna persona se asemejaba a las descripciones que le hizo su amiga Úrsula; tampoco aparecía su nombre en ninguno de los carteles que la gente suele mostrar para identificar a los pasajeros recién llegados. Decidió entonces sentarse a esperarlo cerca de la puerta de salida, mientras hojeaba un ejemplar de la prensa gratuita del día, que encontró en un asiento. Para Verena esa fue su primera prueba con la lengua española pues, después de mirar el periódico *20 Minutos* de principio a fin, se dio cuenta



de que no había retenido casi nada. Pensó en la «memoria de teflón»<sup>1</sup> de la que solía quejarse su abuela y se dijo a sí misma en voz alta para no desanimarse: «¡Son los nervios!». Recordó también lo que una vez dijo su profesora mexicana de español, en el *Bachelor of Arts in Social Sciences* de la Universidad de Zúrich, citando a Carlos Fuentes: «El español es el idioma que ofrece el repertorio más amplio y bello del alma humana»<sup>2</sup>. Siguió sentada en el mismo lugar, esperando a que fuesen a recogerla, sin perderse ningún detalle de lo que acontecía a su alrededor. Le llamó la atención el paso acelerado de la gente tirando de sus maletas, los truenos que anunciaban tormenta y la mano de un chico que le tocaba por la espalda.

—¡Hola! ¿Tú eres Verena? —le preguntó un muchacho más bien bajito, moreno y con acento local.

—Sí, soy yo —respondió sorprendida—, pero tú no eres Varick, ¿verdad?

—No, me llamo Tadeo. Vámonos y te lo explico por el camino —sugirió a la vez que le ayudaba con una maleta.

Se fueron en metro hasta el barrio de Argüelles. Durante la hora y pico<sup>3</sup> que duró el viaje bajo tierra Verena pensó en aquellos lugares que tenía un especial interés por conocer. Se emocionó con tan sólo imaginar que en ese momento estaría pasando por debajo del Museo del Prado. Tadeo la devolvió

---

<sup>1</sup> *Memoria de teflón*: memoria que no se pega, que no se retiene.

<sup>2</sup> Palabras del escritor mexicano Carlos Fuentes al inaugurar el III Congreso Internacional de la Lengua en la ciudad argentina de Rosario en noviembre de 2004.

<sup>3</sup> *Hora y pico*: una hora y minutos indeterminados.



a la realidad subterránea contándole que fue a buscarla al aeropuerto porque Varick se lo había pedido y también para advertirle de que, aunque la esperaban en el piso de la calle Galileo, no iba a ser muy bien recibida.

—¿Úrsula no os avisó de que llegaba hoy? —preguntó desconcertada.

—Sí, todos estábamos avisados, pero ahora que se ha ido Úrsula, Francesca, su compañera de habitación, ha aprovechado para meter a su novio, Philippe; quien a su vez compartía habitación con Kazuo, un chico japonés que estudia Contabilidad en el ICADE. Mira, te lo voy a decir sin rodeos: sólo queda hueco en la habitación de Kazuo, y si no te importa compartir...

A Verena, de pronto, se le puso el rostro muy triste. Había preparado al detalle todos los flecos<sup>4</sup> de su viaje: la universidad de destino, las asignaturas obligatorias y optativas a cursar de la carrera de Publicidad, los horarios; el piso de alquiler al que llegaría por recomendación de una amiga a quien relevaría..., incluso, había comprado una cajita de chocolate blanco de regalo para la estudiante italiana con quien, en teoría, tenía que compartir habitación.

Cuando salieron por la bocacalle del metro Argüelles estaba lloviendo a cántaros<sup>5</sup>. Tadeo corrió a tal velocidad que Verena lo perdió de vista; como iba cargada con una mochila no pudo

---

<sup>4</sup> *Flecos*: asuntos pendientes.

<sup>5</sup> *Llover a cántaros*: expresión para indicar que llueve abundantemente.



seguirlo, no obstante, estuvo un buen rato, bajo el aguacero<sup>6</sup>, caminando por la calle Galileo buscando el número del portal. Ahí estaba esperándola Tadeo, que le dio la maleta y se despidió de ella. Verena tocó al telefonillo y avisó de su llegada con mucha educación. Al sonar el timbre empujó la puerta y entró en un enorme vestíbulo presidido por una escalera de mármol; en la pared de la derecha había un espejo y en la pared de la izquierda una reproducción de un cuadro de Joaquín Sorolla, en el que dos mujeres, vestidas de blanco, paseaban por la playa. A un lado de la escalera estaba la garita<sup>7</sup> del conserje, quien no dejaba de examinarla de arriba abajo.

—Buenos días —exclamó tímidamente Verena, mientras subía (sin ayuda del portero) sus maletas por las escaleras al ascensor—, voy al quinto piso...

—Sí, sí, ¡ya! Me imagino... —dijo a modo de saludo, pero que en otro contexto sonaría como un regaño.

Verena, un poco desconcertada, subió en un ascensor que más bien parecía un pequeño tranvía. Cuando llegó, Francesca le abrió la puerta del piso y la recibió con un tono que a todas luces<sup>8</sup> se notaba muy fingido:

—¡Hola, Verena! ¡Te estábamos esperando! ¡Bienvenida!  
¡Pero si estás empapada! Pasa, pasa, no te quedes ahí afuera,  
entra y sécate.

---

<sup>6</sup> *Aguacero*: lluvia repentina y abundante.

<sup>7</sup> *Garita*: cuarto pequeño habitado por los porteros de las viviendas desde donde ven quién entra y sale.

<sup>8</sup> *A todas luces*: sin duda.





Cuando Verena salió del servicio, después de cambiarse la ropa mojada, lo primero que le llamó la atención fue el desorden añejo del piso, que más bien se parecía a un territorio sin normas. Hizo la vista gorda<sup>9</sup> y sacó de su mochila un regalo.

—Toma, espero que te gusten.

—¿Para mí? Gracias, qué detalle. ¡Con lo que me gusta el chocolate blanco! ¡Úrsula te ha informado bien!

El piso de la calle Galileo, en realidad, eran dos pisos grandes unidos por un salón de más de cuarenta metros. Punto de encuentro que dividía la vivienda en dos; a simple vista se notaba que era uno de los mejores escenarios para la organización de fiestas y reuniones de todo el barrio. Todavía quedaban restos de batallas anteriores: un plato de plástico con un trozo de empanada sobre un diccionario María Moliner; un cenicero colmado de colillas encima del televisor; unas deportivas del cuarenta y cinco abandonadas bajo la mesa de centro...

—¡Las zapatillas son de Philippe! —dijo Francesca a modo de disculpa—, le tenemos dicho que las recoja, pero siempre se le olvida. Ya lo conocerás, es muy simpático.

Dejaron las zapatillas debajo de la mesa y continuaron la visita por el ala exterior de la vivienda; primero pasaron por la cocina, cuyo desorden interno era mucho más grave y notorio que el del salón. En ese punto, Verena no quiso mirar; después pasaron por la habitación de Tadeo, pero la puerta estaba

---

<sup>9</sup> *Hacer la vista gorda*: fingir que no se ve nada, con disimulo.



cerrada. Enfrente había otra habitación, y Francesca tocó con los nudillos la puerta:

—Manuela, te voy a presentar a una compañera que acaba de llegar —volvió a tocar con unos discretos golpecitos—. Hoy parece que todavía está dormida —le dijo a Verena al ver que no contestaba.

—No la molestes, ya la conoceré.

Francesca, no obstante, abrió la puerta y se dio cuenta de que no había nadie; Verena, por su parte, pudo deducir que Manuela era brasileña al ver un póster con la ciudad de Río de Janeiro y el Cristo Redentor. Cerraron la puerta, llegaron al final del pasillo y entraron en una de las habitaciones más grandes.

—¿Esta es nuestra habitación, no? —preguntó Verena, a pesar de la advertencia que le había hecho Tadeo.

—Sí, bueno... ¡No! ¡Verás! Úrsula me habló mucho de la «solidaridad helvética»...

Verena reaccionó diciendo que si había problemas podría irse unos días a una pensión cercana. A lo que la italiana contestó que sería cuestión de poco tiempo, pues ella y su novio se trasladarían a otro piso y, mientras, podría dormir en el salón.

La primera noche en el piso de la calle Galileo fue mucho más difícil de lo esperado. Sentada en el sillón, frente a la tele encendida, le recordó el punto de encuentro del aeropuerto de



Barajas, pues la gente que pasaba por ahí también iba con el paso acelerado.

—¡Hola! ¿Tú eres la nueva, verdad? —preguntó una chica que iba vestida de manera muy elegante, con tacones altos y muy maquillada—. Yo me llamo Nicoleta, soy de Bucarest. Estudio aquí cerca: en la Escuela Oficial de Idiomas. Si tienes hambre tienes un poco de empanada que compré ayer en la nevera. Ya me contaron que vas a dormir en el suelo mientras Francesca y Philippe se cambian de piso. ¡Son unos frescos! Hoy podrías dormir en la habitación de Varick, porque está de viaje. Se fue con Úrsula a la playa todo el fin de semana, ¿tú la conocías, no? Bueno, cielo, me voy. Te veo, no sé..., un poco triste. Quita esa cara que pronto te acostumbrarás. ¿Qué tal voy? ¿Te gusta mi falda de piel? La compré en las rebajas de Zara. Bueno, te dejo, mañana es domingo, podrás dormir hasta tarde. Adiós.

Al salir por la puerta, Nicoleta se cruzó con Philippe, un chico muy alto y atlético, que venía de hacer ejercicio, razón por la cual el sudor le chorreaba por toda la cara.

—¡Qué tal! ¿Tú eres Venérea, no? —preguntó Philippe.

—No, me llamo Verena.

—Eso, Venera<sup>10</sup>, —corrigió a la vez que le daba dos besos—, ¿has tenido un buen viaje? ¿Te gusta el piso? ¿Es grande, verdad? Me voy a duchar, luego te veo.

---

<sup>10</sup> Philippe saluda a la protagonista haciendo dos juegos de palabras. La primera vez, en lugar de decir «Verena» dice «Venérea», una palabra que tiene un sonido muy similar en



—¡Espera! —dijo Verena mientras se limpiaba las mejillas con las mangas de su camisa y le señalaba las zapatillas deportivas que estaban debajo de la mesa de centro—, creo que esto es tuyo.

—¿Las zapatillas? No, qué va. Son de Varick. Le tenemos dicho que las recoja, pero siempre se le olvida. Ya lo conocerás, es muy simpático.

Verena cogió las zapatillas y las colocó en el rincón opuesto adonde iba a dormir ella. Cogió de la nevera el trozo de empanada que le había donado Nicoleta y se sentó a ver un reportaje de *Informe Semanal* sobre la inmigración en pateras<sup>11</sup> en las costas canarias. Cuando terminó el programa apareció Tadeo por el salón.

—¿Qué haces?

—Preparo mi cama.

—Lo siento. Pensé que si te lo decía antes te sería más fácil...

—Sí, gracias. Sólo serán dos noches. Me han dicho que el lunes se van a otro piso.

—¿Te apetece salir a dar una vuelta?

---

español pero que en realidad hace mención a una enfermedad por contagio sexual; la segunda vez se vuelve a equivocar utilizando la palabra «Venera» que también tiene un sonido muy similar pero que su significado tiene que ver con la veneración o el acto de venerar, es decir, dar culto a Dios, a los santos o a las cosas sagradas.

<sup>11</sup> *Pateras*: nombre que se le da a la embarcación que utilizan los emigrantes africanos para llegar a España, de forma ilegal..



—No, gracias. Hoy no, estoy cansada.

Tadeo se fue para su habitación. Verena se metió en su saco y pensando de nuevo en que su madre estaría muy triste la llamó al móvil. Su madre, en ese momento, estaba cenando en el restaurante de lujo «Kronenhalle», en el centro de Zúrich, con un amigo pretendiente. Le agradeció la llamada, le aseguró que no estaba triste y colgó.

